

Me hice escritor gracias al letrado K. Era un individuo ordinario, de apariencia repelente, carácter maligno y sospechosas fuentes de ingresos. Sin embargo, fue él quien descubrió en mí el talento y me animó a escribir.

Aunque mi creación fuese rica en cuanto a la forma, era limitada en cuanto al contenido. Escribía poemas, novelas e, incluso, obras teatrales, pero el tema de mis escritos era únicamente la belleza, la inteligencia y las cualidades personales del letrado K.

Todas mis obras aparecían en edición privada del letrado K. No lo atribuyo a su vanidad, sino a su pericia en materia literaria.

A pesar del copioso tiraje y los bajos precios, el letrado K. era el único lector de mis libros. Yo, por cierto, me he considerado siempre un escritor de élites.

Tras muchos años de buena salud, el letrado falleció. Sucedió precisamente cuando acababa de concluir su biografía. En esta nueva obra había probado que el letrado K. era inmortal.

Tuve problemas para encontrar editor. Ante esta situación, cambié de profesión y me hice tendero. No me va mal, aunque a veces echo de menos el arte.